

  
REVISTA DE LIBROS

## Comentario bibliográfico

### **Bianco, Elisa: *La Bisanzio dei Lumi. L'Impero bizantino nella cultura francese e italiana da Luigi XIV alla Rivoluzione*, Berna, Peter Lang, 2015.**

**Pablo Ubierna**

*CONICET / Universidad de Buenos Aires / Universidad Pedagógica Nacional*

*pabloubierna@hotmail.com*

*Fecha de recepción: 07/06/2018*

*Fecha de aprobación: 14/06/2018*

**E**l presente volumen es la reelaboración de la Tesis de doctorado de la autora defendida en 2011 en la Università dell'Insubria (Italia). Dentro de la lista de agradecimientos de rigor que la situación (ver una tesis finalmente publicada) y el emprendimiento (la tesis misma) ameritan, sobresale la mención de Rolando Minuti (Università di Firenze). De hecho, el texto de Elisa Bianco se posiciona como una suerte de acotamiento temático, a la vez que especular, a la obra de Minuti *Orientalismo e idee di Tolleranza nella cultura francese del primo '700*<sup>1</sup>. Minuti presenta, de manera exhaustiva, erudita y largamente exitosa el lugar de los estudios orientales en la conformación iluminista de la idea de tolerancia. Bianco, por su parte, ofrece una síntesis (en algunas partes somera, siempre actualizada) del lugar de Bizancio en la cultura francesa de la época clásica. La inclusión de Italia en el trabajo queda un poco

---

<sup>1</sup> Minuti, Rolando: *Orientalismo e idee di Tolleranza nella cultura francese del primo '700*, Florencia, Olschki, 2006. Dimos cuenta de esta publicación en *Cuadernos Monásticos*, No. 164, 2008, pp. 111-114.

desdibujada y se centra, al comienzo del libro, en el lugar de Venecia (un tema caro a la autora) como punto de llegada de intelectuales bizantinos en el Renacimiento y, al final del volumen, en la recepción italiana —a través de la obra de Muratori y Beccattini— del pensamiento francés.

El libro se organiza en dos partes (“Bisanzio svelata” y “Bisanzio illuminata”<sup>2</sup>) de extensión semejante (unas 150 páginas cada una). Su hipótesis básica es señalar que en la Modernidad comprendida entre los siglos XVII y XVIII la imagen de Bizancio fue vasta y múltiple: como ejemplo de muralla cristiana contra el expansionismo musulmán, de reservorio de tradiciones primitivas que la tradición papal había ocultado en Occidente, de ejemplo de una unión posible entre Iglesia y Corona (tan cara a las tradiciones protestantes así como a las católicas galicanas) pero también de epítome de una decadencia que la historiografía iluminista divulgará ampliamente. Ese carácter proteico, versátil, de la imagen de Bizancio en la Modernidad es desarrollado en el libro, como ya anunciáramos, de una manera a veces somera pero siempre útil por lo extenso de la organización temática (no falta ninguno de los grandes temas aunque esto conlleve en algunos casos una inevitable falta de profundidad) así como por la actualización bibliográfica.

El capítulo introductorio de la Primera Parte se titula “Premesse” (pp. 25-50) y comienza con “Venezia ‘Nuova Bisanzio’” centrándose en el lugar fundamental de Venecia en el desarrollo europeo moderno de una imagen de Bizancio. El capítulo es exiguo; en las primeras páginas (las que tratan de Venecia propiamente dicha), los temas (más que en otros capítulos) parecen estar apenas esbozados y se organizan a partir de una triple partición: Venecia como heredera de Bizancio, el destino veneciano de muchos intelectuales bizantinos (como Besarión, Musuru) y el desarrollo veneciano de las imprentas de libros en griego (las Prensas Aldinas de Aldo Manuzio, por ejemplo). Aparecen aquí los nombres de los grandes autores que se han ocupado del tema (Deno Geanakoplos, Agostino Pertusi, Nigel Wilson) cuyas obras son consignadas en un apretado resumen cuya lectura nos refuerza la idea de volver a abreviar en esos clásicos. Algunos temas fundamentales, incluso, como el lugar de las islas jónicas y sobre todo Creta (durante siglos

---

2 Los títulos de ambas partes se hacen eco (y homenaje) del artículo de Silvia Ronchey: “Bisanzio Continuata. Presupposti ideologici dell’attualizzazione di Bisanzio nell’età moderna”, en G. Cavallo (ed.): *Lo spazio letterario del medioevo*, 3. *Le culture circostanti*, 1. *La cultura bizantina*, Roma, Salerno, 2005, pp. 691-727, de amplísima repercusión en el ámbito italiano.

posiciones venecianas) en el renacimiento cultural griego y, por ende, en el flujo de autores y libros que llegaron a Occidente sobre Bizancio, están apenas mencionados. El capítulo se continúa con una introducción al *Corpus Historiae Byzantinae* de Hieronymous Wolf, compendio de textos bizantinos cuya lógica de publicación se da en el cruce de los intereses humanísticos con los temores por el avance turco<sup>3</sup>.

El capítulo 1 (“I primi secoli dell’Impero bizantino nelle Storie della Chiesa e dei Santi Padri”, pp. 51-72) trata de la primera historiografía moderna sobre los orígenes de la Iglesia y la tradición patristica. Se mencionan aquí las grandes obras de los jesuitas del Collège de Clermont (sobresale, claro, la figura de Fronton du Duc, 1558-1624) y sus ediciones patristicas así como el trabajo de los benedictinos mauristas de Saint Germain-des-Près (Jean Mabillon, Bernard de Montfaucon). En esta sección, si bien aparecen algunos clásicos de la bibliografía (insoslayables como las obras de Irene Backus sobre la recepción de los Padres), éstos no parecen haber sido plenamente incorporados, y hay además ausencias notorias, especialmente la obra fundamental de Jean-Louis Quantin<sup>4</sup>, así como las obras particulares sobre el legado de Mabillon y Montfaucon<sup>5</sup>. El capítulo se cierra con una sección sobre Le Nain de Tillemont que descansa, acertadamente, en la glosa de la obra del mayor especialista en su obra, Bruno Neveu. Si bien el recurso a la obra de Le Nain de Tillemont es más que acertado (y su inclusión en esta visión de conjunto se agradece) hubiera sido deseable una presentación, aunque somera y a partir del prisma bizantino, de toda la empresa jansenista (compleja y plural) en relación con la Ilustración<sup>6</sup>.

El capítulo II (“Gli studi eruditi: la riscoperta di Bisanzio”, pp. 73-114) es uno de los más completos del libro. Se centra en el desarrollo de los estudios bizantinos durante el reinado de

---

3 Sobre este tema, véase la síntesis de Joël Schnapp : *Prophéties de fin du monde et peur des Turcs au XVe siècle: Ottomans, Antichrist, Apocalypse*, París, Classiques Garnier, 2017.

4 Jean-Louis Quantin : *Le catholicisme classique et les Pères de l’Église. Un retour aux sources (1669-1713)*, París, Institut d’Études Augustiniennes, 1999.

5 Véase en principio Fredouille, Jean-Claude (ed.): *Les mauristes à Saint-Germain-des-Près*, actes du colloque de Paris, 2 décembre 1999, Paris, Institut d’études augustiniennes, 2001.

6 Las obras de Dale K. Van Kley: *The Religious Origins of the French Revolution. From Calvin to the Civil Constitution, 1560-1791*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1996 y de Monique Cottret: *Jansénismes et Lumières. Pour un autre XVIII<sup>e</sup> siècle*, París, Albin Michel, 1998, ausentes en la discusión de Bianco, son una buena introducción a este problema complejo y fundamental.

Luis XIV, sobre todo en el reflejo del ceremonial bizantino en la corte francesa a través del Pseudo Codino (editado ya en 1588<sup>7</sup>) y de la *Relatio de Legatione Constantinopolitana* de Liutprando de Cremona editada por Enrico Canisio en 1600 (el texto sólo menciona al pasar, citando una obra de Silvia Ronchey, la influencia de dos obras capitales en la tradición política francesa; por un lado el *corpus* del Pseudo Dionisio disponible desde la Alta Edad Media y de sostenida importancia en la primera modernidad<sup>8</sup>, por el otro los tratados de Agapeto —siglo VI— traducidos al latín en 1509 y al francés por Jean Picot en 1565). El capítulo se continúa con un corto relato del comienzo del interés francés por el Oriente desde tiempos de Francisco I y los viajes de Galland que terminarían por hacer llegar manuscritos bizantinos a la *Bibliothèque Royale* para culminar con una excelente exposición del proyecto editorial de Du Cange (que incluía no sólo historia y lexicografía bizantina sino también historia francesa que podía ser comparada con aquella) y la edición del *Corpus del Louvre* (24 volúmenes publicados entre 1648-1711) de textos históricos bizantinos encargada por el propio Colbert y dirigida, en sus comienzos, por el P. Labbe<sup>9</sup>.

El capítulo III (“Le perfide figure bizantine di Louis Maimbourg (1610-1686)”, pp. 115-152) es doblemente interesante. Por un lado acerca muchos datos sobre la divulgación de textos de y sobre Bizancio en el siglo XVII, pero además lo relaciona con una circulación no necesariamente erudita, llegando a un público no especialista que hizo del jesuita (posteriormente expulsado de la Compañía por sus posiciones galicanas) un autor favorito del *grand public* de la época. Se trata de obras que vehiculizaron entre un público amplio las ideas de un Bizancio decadente (a la vez que

---

7 Texto clave de la organización de la corte bizantina, su importancia se resalta por el hecho de que el *De Ceremoniis* de Constantino Porfirogénito sólo se editaría en el siglo XVIII.

8 La valorización de la figura episcopal —frente a la centralización papal— así como las nociones de jerarquía hicieron del Pseudo Dionisio una figura clave en el entramado galicano de la mano de Bossuet.

9 Este inmenso proyecto editorial sigue necesitando un estudio de conjunto. Contamos, sí, con las páginas que le dedicara Agostino Pertusi en su largo ensayo *Storiografia umanistica e mondo bizantino* (Palermo, Istituto siciliano di studi bizantini e neoellenici, 1967) y con la corta actualización que hiciera N. Petit para el catálogo de la exposición de la Chapelle de la Sorbonne en 2001 (*Byzance retrouvée. Érudits et voyageurs français XVI<sup>e</sup>-XVIII<sup>e</sup> siècles*, París, Centre d'études byzantines, néo-helléniques et sud-est européennes – EHEES / Publications de la Sorbonne, 2001). La importancia de la empresa francesa se resalta sobre la pobre imagen que dejó en el mundo académico el intento alemán de continuarla en el siglo XIX. Efectivamente el llamado “Corpus de Bonn” (1828-1897) comenzó auspiciosamente bajo la conducción de Niebuhr para continuar bajo la de Bekker y ganarse sobradas críticas por los múltiples errores que contenía, lo que llevó a partir de 1966 a un nuevo proyecto bajo la conducción de la Asociación Internacional de Estudios Bizantinos que incluye la reedición de muchos textos ya editados en el Corpus de Bonn.

impío tras la querrela iconoclasta y el cisma) e impotente para defender los intereses de la cristiandad en Oriente y que hicieron necesarias las cruzadas con la natural *translation de l'empire aux François*. Este largo análisis de la obra de Maimbourg es muy importante ya que los textos sobre Bizancio del jesuita (incluida su historia de las Cruzadas) no han recibido estudios profundos. Su obra en general, valorada por Voltaire y criticada por Pierre Bayle —quien atacó sobre todo sus trabajos sobre el calvinismo— espera todavía quien la estudie de manera pormenorizada.

Con el siguiente capítulo comienza la Segunda Parte (“Bisanzio illuminata”). El primer capítulo de esta parte (“Gallicanesimo e mondo bizantino”, pp. 155-193) recorta tres obras fundamentales del corpus más general de textos y autores galicanos (o de simpatías galicanas) presentados en los capítulos precedentes. Se trata de la *Histoire ecclésiastique* de Claude Fleury (1640-1723), la *Histoire des controverses et des matières ecclésiastiques traitées dans le treizième siècle* de Louis Ellies du Pin (1657-1719) y la *Histoire des Révolutions de l'Empire de Constantinople* de Jean Lévesque de Burigni (1692-1785). La importancia de estas páginas radica en la presentación conjunta de estos autores, en el panorama global que presentan sobre el lugar de Bizancio en la argumentación galicana. Sólo la obra de Du Pin ha sido estudiada en ese contexto (por Marie-Hélène Blanchet, citada por la autora, quien lo hace incluso en el marco de estudios sobre el desarrollo de la eclesiología galicana).

Los dos capítulos siguientes son a la vez fundamentales y complejos (capítulo II “Considerazioni bizantine in Montesquieu”, pp. 195-212 y capítulo III “Voltaire e Bisanzio”, pp. 213-238). Fundamentales, va de suyo, por la importancia de los autores para cualquier consideración del siglo XVIII francés; complejos porque aún una tarea focalizada, aislar el lugar de Bizancio en su pensamiento político, es algo titánico. Bucear en la amplia obra de Montesquieu y de Voltaire así como en la bibliografía secundaria, hubiera obligado a una obra paralela. Con todo, la autora sorteja el escollo con solvencia y nos entrega dos capítulos sintéticos y en relación con la extensión de los capítulos previos. En el capítulo II, sobre Montesquieu, se centra en las *Considérations sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence* de 1734 cuyos últimos cuatro capítulos tienen como objeto el imperio bizantino. Son los capítulos que darán forma a la herencia de una idea de Bizancio decadente, modelo de superstición y vicio, definido políticamente por las revueltas y sedición.

Paradójicamente, un estado aberrante, con tantos problemas desde su origen (Montesquieu transforma a Procopio en la gran fuente histórica de esa decadencia política y moral), durará más de mil años. Es este uno de los capítulos más interesantes para leer en paralelo al que Minuti le dedica a la obra de Montesquieu sobre Oriente, epítome de toda idea de tolerancia.

El capítulo III, dedicado a la obra de Voltaire, se centra en el *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations* (1743-1778, largos años de composición y revisión), continuación y refutación del *Discours sur l'histoire universelle* de Bossuet (1681) y de la obra de Maimbourg. Sería largo reseñar los aspectos particulares de la opinión de Voltaire sobre Bizancio pero recordemos al pasar, eso sí, que su lectura sumamente crítica de Bizancio, así como la de Montesquieu, se nutre de una naciente literatura dieciochesca sobre el mundo otomano. Ambos temas, mundo otomano y mundo bizantino, estarán unidos en la literatura temprano moderna e iluminista<sup>10</sup>.

Nos podemos detener un poco más en el contenido del capítulo IV, sobre la *Histoire du Bas-Empire* de Charles Le Beau (pp. 239-265). La inmensa obra de Le Beau, texto al que deberá volver cada tanto la posterior literatura sobre la Antigüedad Tardía (y hoy muy respetado sobrepasando la crítica de Charles Diehl a principios del siglo XX que parecía haber sepultado su importancia e influencia), fue completada tras su muerte por Hubert-Pascal Ameilhon quien publicó los últimos seis volúmenes en 1811. La obra de Le Beau fue el mayor compendio sobre el primer Bizancio producido en el siglo XVIII y una de las grandes fuentes de Gibbon (por lo menos a partir del volumen IV, los textos del período de Lausanne) quien lo utiliza profusamente (pero que, como recordara Glenn Bowersock, no contaba con un ejemplar de la obra). Uno de los mayores méritos de este capítulo es el poner a Le Beau en relación con el resto de la gran producción histórica de la época que se vio grandemente influenciada y potenciada por el éxito de la obra. Resultan especialmente interesantes (sobre todo para un público especializado argentino) las páginas que Bianco le dedica al lugar de Triboniano en la obra de Le Beau y en la larga tradición crítica sobre el trabajo del compilador. Es un apretado y útil resumen de la historiografía humanística y moderna que opuso a Triboniano a la obra de Glosadores y Comentadores posteriores (pp. 247-255). Un detalle impor-

---

10 Una vez más, el tema en general y el libro hoy comentado mucho le debe a la obra de Agostino Pertusi quien publicara hace muchos años un artículo fundacional sobre el tema: "Premières études en occident sur l'origine et la puissance des Turcs", *Bulletin de l'Association Internationale d'Études Sud-Est Européen*, Vol. 10, 1972, pp. 49-94.

tante del comentario de Bianco a la obra de Le Beau es el de recordar a sus lectores que esta historia del Bas-Empire llega hasta la reconquista paleológica del imperio en 1261: las páginas que Le Beau le dedica a los emperadores de la dinastía de Amorion y al Segundo Iconoclasmo así como a las Cruzadas han sido fundamentales para el desarrollo de la historiografía decimonónica sobre ambos temas. El cuadro general que presenta sobre Bizancio no es el de una decadencia pura y simple sino el de una compleja interacción entre “enfermedades” políticas y momentos “heroicos” que quieren servir de enseñanza contemporánea para la conservación del poder por parte de la monarquía francesa.

El capítulo V (“Bisanzio in Italia tra erudizione e pubblicistica”, pp. 267-285) es el último del libro y se centra en el estudio de la recepción italiana de la reflexión francesa sobre Bizancio. La primera parte se centra en la figura proteica de Ludovico Antonio Muratori (1672-1750) cuyo interés, como sabemos, se centraba en elucidar algunos problemas de la historia italiana. Su obra estuvo influenciada por la historiografía renacentista (especialmente Sigonio a quien Muratori sigue en la negación de la romanidad del imperio bizantino a partir del 800 sosteniendo la tesis de la *translatio imperii*), Baronio y los franceses Tillemont (para los siglos iniciales) y Fleury. En la obra de Muratori, la imagen general de Bizancio es negativa tanto frente a Roma como frente a Godos y Lombardos. El continuo interés bizantino por recuperar los territorios perdidos en Italia transformará a los griegos, en esa dinámica de agresiones, en los nuevos bárbaros de la obra de Muratori. El capítulo se continúa y cierra con un análisis de la obra del florentino Francesco Becattini (1743-1813) cuya obra de divulgación tendrá en Italia los ecos de la circulación que tuvo en Francia la de Louis Maimbourg un siglo antes. La obra de Becattini se centra, empero, sobre todo en el mundo otomano y sólo por reflejo comparativo en Bizancio, que es retratado a partir de los lugares comunes que habían generalizado Montesquieu y Voltaire. Su obra toda es un buen ejemplo de la vulgarización a fines del siglo XVIII de toda una serie de ideas sobre el Bizancio “débil”, “supersticioso”, “dividido”, “cruel”. Tanto este análisis de la obra de Becattini (que cierra un poco abruptamente la recepción italiana de la “materia de Bizancio”) como en los previos sobre la producción iluminista (sobre todo Montesquieu y Voltaire) podrían haber permitido la inclusión en este volumen de un estudio sobre la posteridad de Bizancio en el siglo XIX, ya en un público consumidor de bienes culturales pero no necesariamente erudito. Tal vez fuera ese el camino (muchas veces en álgida discusión con la naciente erudición científica universitaria) lo que nutriría las imágenes bizantinas del arte *fin-de-siècle* en la narrativa popular de Jean Lombard, Paul Adam o incluso de Marthe

Bibesco (un poco posterior y ella misma una encarnación del neo-bizantismo de la nobleza rumana), el “bizantinismo” con el que es descripta toda la novelística decadentista (el *À rebours* de Huysmans fue recibido así por Barbey d’Aurevilly), el teatro de Victorien Sardou (cuya “Teodora” sería immortalizada por el protagonismo de Sarah Bernhardt y continuada en varias oportunidades en el cine mudo, sobre todo italiano) o la obra plástica de Jean Joseph Benjamin Constant (cuya magnífica “Teodora” se encuentra en el Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires).

Estas últimas consideraciones están en relación con que creemos que esa recepción decimonónica hubiera sido una conclusión corta y natural para un volumen que, sin embargo, se cierra con un Epílogo de título y tema complejo: “L’eredità illuministica: Edward Gibbon e il *Decline and Fall* (1776-1788)”, pp. 287-307. La complejidad radica en que Gibbon no es parte de una herencia sino tal vez uno de los tantos finales de recorrido que tuvo el desarrollo conceptual ilustrado y en un marco geográfico (el inglés) que excede lo anunciado en el subtítulo de la obra. Esta marginalidad presenta problemas que sólo pueden acentuarse con la elección del autor. Sin duda la autora hace una útil síntesis de la obra de Gibbon en relación con Bizancio (o en relación con algunos temas bizantinos) pero poco aporta de novedoso<sup>11</sup>.

Se trata, sin duda, de un libro útil y muy interesante. Necesario incluso ya que hace un recorte temático (Bizancio) que suele estar ausente en el estudio de la producción ilustrada (largamente visitada en relación con temas más amplios como la historia del cristianismo o el Oriente). Lo que gana en una presentación de conjunto lo pierde, empero, en el tratamiento de algunos autores mayores que son muy difíciles de abordar en el corto espacio de un capítulo (los Mauristas, el propio Tillemont, Montesquieu, Voltaire, una amplitud temática que extraña doblemente en un libro que fue originalmente una tesis doctoral) o que podrían haber sido dejados de lado sin que la estructura de la obra (centrada en otros espacios) se resintiera (como el caso del Epílogo sobre Gibbon). En el análisis de algunos autores y textos que no suelen estar incluidos en las obras más generales sobre el período (Maimbourg, Fleury, Du Pin, Burigny, Becattini, incluso Le Beau) el libro encuentra su mejor tono.

---

11 El lector interesado siempre puede recurrir al bellissimo volumen (largamente citado por Elisa Bianco) editado por Rosamond McKitterick y Roland Quinault: *Edward Gibbon and Empire*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.